

ESTUDIOS RECREATIVOS.



Mateo en la prision de los Plomos de Venecia.

EL CORSARIO NEGRO.

(Conclusion).

La dama del velo hizo un movimiento como si hubiese querido contener á su conductor, pero éste no le dió tiempo, y tomando de la mano á su compañero:

—Comprended bien lo que os pido, dijo: os confiaría mi fortuna y me contentaría con la palabra que acabais de

pronunciar; os diría, velad sobre la vida de mi padre, sobre el honor de mi hermana, y me marcharía tranquilo; y si á mi vuelta me dijéis: he peleado por defender el depósito que me habeis entregado y lo he perdido... estrecharía aun vuestra mano como la de un valiente; empero el tesoro que os confío es mas precioso que todo esto junto. No os encargueis de él si hallais demasiado pesado este encargo. Esta puerta puede abrirse durante mi ausencia: pueden querer arrancaros por fuerza ó por astucia la muger que os confío, es preciso que la salveis; es preciso que yo la en-

SEGUNDA SERIE.—1855.

AÑO XIII. 14.

cuentre aquí á mi vuelta... Aun os pregunto otra vez ¿sí ó no?...

—Señor, dijo el caballero poniendo la mano sobre su pecho, tengo vuestra edad, amaré como amais, y tal vez seré amado como lo sois; os doy la garantía de mi palabra. Sé lo que arriesgo al dároslo, y os la doy.

—Y yo la acepto, exclamó el jóven. Dios os proteja y os recompense. No temais nada, señora; un instante aun y nos salvamos.

Salió precipitadamente. El caballero le siguió con la vista diciendo:

—¡Quisiera que fuese un hermano mio!

—Habeis obrado como si tuviese esa dicha, respondió la dama.

—Sí, replicó el extranjero dando un ligero suspiro, y dentro de algunos instantes tendremos que separarnos para no volvernos á ver tal vez jamás.

—¡Ah! siempre nos acordaremos de vos: jamás olvidaremos lo que habeis hecho, dijo la dama.

Acercóse á ella el caballero.

—Dadme al menos los medios de merecer vuestro agradecimiento, le dijo con la mayor cordialidad. Puestos en salvo, ¿á qué ciudad de Italia pensais refugiaros?

—Lo ignoro. A donde quiera que me lleve, le seguiré.

—Yo puedo ofreceros un asilo.

—¿Vos?

—Un asilo seguro, impenetrable á todos vuestros perseguidores. Mi familia es rica, y con una palabra mia, señora, os recibirá. Poseo en las orillas del Arno una quinta que voy á dar en dote á mi futura esposa. Allí vivireis ignorados del mundo entero, y mas tarde cuando yo vaya á visitaros con ella viviremos juntos. Idos á Florencia á casa del conde Barbarini.

—¡Barbarini!...

—Ese es el nombre de mi padre.

La dama dió un grito de terror y se puso en pie.

—¿Qué teneis, señora? preguntó sorprendido el caballero.

Pero ella se lanzó hácia la puerta. Un rayo de luz pareció iluminar de pronto á Barbarini.

—Quedaos aquí, gritó deteniéndola en su fuga... ¿Por qué ese grito de terror? Yo voy á Venecia á casarme con la hija del senador Capello, y vos hui de Venecia; tomo la defensa de mi futura, y el que os acompaña la toma igualmente: digo mi nombre, y os turbais y llenais de terror... ¿Quién sois, pues?...

—Dejadme, señor, dejadme!...

El caballero, no la escuchaba. Con una mano sacó de su seno un retrato, y con la otra levantó el velo que ocultaba las facciones de la dama.

—¡Es ella! dijo.

La dama hizo un movimiento para escaparse; la cogió entonces violentamente por las dos manos:

—¡Blanca Capello! Dios me ha conducido aquí... no os escapareis...

Sin embargo, la jóven desolada, con la mayor desesperacion luchaba por desasirse de las manos de Barbarini llamando á Mateo.

Oyéronse pasos á la parte de afuera.

—¡El es! dijo ella.

—¡Que venga! gritó Barbarini, yo le daré cuenta del depósito que me ha confiado.

Y arrastrando violentamente á Blanca hácia este gabinete, la hizo entrar en él á la fuerza.

En aquel momento apareció en el dintel de la puerta Mateo, jadeando de fatiga, con la espada en la mano; habia oido los gritos de la jóven.

—¿Dónde está? preguntó lanzándose hácia el caballero. Este le señaló el gabinete.

—Allí, empero no os la llevareis.

—¿Qué quereis decir?

—Soy Lorenzo Barbarini!

Mateo dió un paso hácia atrás, lanzó un grito feroz, y en el instante y por un movimiento tan rápido como el pensamiento, corrió á la puerta, la cerró, y volviéndose á Lorenzo:

—Entonces, dijo, uno de los dos no saldrá de aquí sino muerto. Defendeos, señor.

Lorenzo sacó su espada.

Comenzó el combate, mas al segundo pase, el acero de Mateo se rompió en el costado del jóven patricio, que cayó al suelo.

El pescador corrió al gabinete, cogió en sus brazos á Blanca casi desmayada, y precipitándose hácia la puerta, que abrió, se encontró cara á cara con Beppo rodeado de sus esbirros.

IV.

Un año habia pasado desde el arresto de los dos fugitivos. Mateo habia sido conducido á los Plomos, esos terribles calabozos del consejo de los Diez, y nadie desde entonces habia vuelto á saber de su suerte. Allí pasó algun tiempo en la lectura, porque aunque hombre del pueblo, no era un genio vulgar, y meditando proyectos que tan funestos debian ser á los patricios que allí le tenían encadenado. Blanca, vuelta á casa de su padre, sucumbia á una lenta enfermedad, mientras que Barbarini, que habia vuelto á tomar el mando del ejército despues de haberse restablecido de su herida, continuaba en mantener en el continente la superioridad del Leon de San Marcos.

Desgraciadamente Venecia habia sido menos afortunada en su guerra marítima con los genoveses. Despues de haber perdido sus colonias, sus escuadras y la flor de su marina, se habia visto forzada á demandar una tregua que su enemiga le habia hecho comprar á peso de oro.

Ni esta tregua habia sido bastante á procurarla el descanso de qué tanto habia menester. Una guerra de piratas se siguió á la de los genoveses, y la república vió arruinado su comercio, y saqueadas sus costas por innumerables corsarios.

Hacia algunos meses sobre todo, que la audacia de los *uscoques* no conocia límites. Uno de ellos, llamado el Corsario Negro, habia esparcido el terror de su nombre en todo el Adriático.

Habíase notado con asombro que sus destrozos se dirigian siempre á las propiedades de los miembros de los Diez, como si hubiese querido insultar mas espresamente á la republica atacándola en la persona de su gefes. Juliani habia muy principalmente sufrido con esta estraña preferencia, y todos sus campos, todas las fincas que poseia habian sido sucesivamente saqueadas ó entregadas á las llamas.

A tal punto habian llegado las cosas que solo el recinto

de la ciudad ofrecia un seguro asilo contra las audaces empresas de los piratas, en términos que los palacios y quintas de recreo situadas en tierra firme habian sido sucesivamente abandonadas por sus propietarios.

Precisamente en este momento el anciano Capello se decidió á abandonar á Venecia para ir á habitar la quinta que poseia en el territorio de Pádua.

La salud cada vez mas delicada de Blanca le hacia mirar esta variacion como necesaria; contaba con un aire mas puro, un pais mas alegre para restablecer á su hija, pero las terribles exigencias del consejo de los Diez debian arrancarle muy pronto esta esperanza.

Apenas habria ocho dias que habitaba en tierra firme, cuando le anunciaron la llegada del señor Juliani. Estremeciase Capello presintiendo el objeto de esta visita.

Juliani se presentó con su impasible rostro. Despues de los primeros cumplidos, le preguntó si su hija se hallaba al fin dispuesta á obedecer al consejo.

—En vano he empleado todos los medios de persuasion, contestó en tono balbuciente Capello.

—El plazo que vos mismo habiais señalado ha cumplido, replicó Juliani, y ha llegado la época anunciada para su matrimonio.

—Lo sé, señor, pero se obstina en rehusar.

—Preciso será vencer esa obstinacion, dijo Juliani con aterradora dulzura: vos teneis en ello tanto interés como nosotros. A pesar de todo nuestro cuidado, han corrido rumores desfavorables en Venecia: cuentan, aunque en voz baja, la fuga de una noble señora con un gondolero, y algunas bocas pronuncian el nombre de vuestra hija.

Capello hizo un gesto de dolor.

—Se puede hacer callar á los indiscretos, lo sé, continuó Juliani, pero el verdugo no impone silencio mas que á las palabras, no á los pensamientos. Lo que hay que hacer para rehabilitar el honor de vuestra hija, no es tornar muda la opinion, sino cambiarla. Barbarini sabe que no fué culpada, sino imprudente; la ama, y está pronto á dárla su nombre. Esta union disipará todas las dudas, será un brillante mentís dado á las hablillas, á la calumnia, y nadie osará sospechar de la muger que un noble de Venecia haya de este modo declarado pura y digna de él.

—Sé todo eso, dijo Capello, pero la desesperacion de Blanca, me asusta... Cuatro hijos tenia, señor Juliani, y ya he visto hajar tres de ellos á la tumba de los Capello... No me queda ya mas que esta hija, cuya frente cada dia se torna mas pálida... ¡Vos no sabeis cómo se ama al último hijo que nos queda!

Al hablar así lloraba el desconsolado anciano.

Juliani fijó sobre él sus ojos de piedra.

—Así no os habeis apresurado á hacerla obedecer, dijo friamente. Vuestra ternura exagera un dolor que concluirá por calmarse. El tiempo y la ausencia curan todos los amores.

—Así lo creemos nosotros, nosotros ancianos cuya sangre está helada, y cuyo corazon no es mas que cenizas; empero los jóvenes sienten con su alma, no con la nuestra.

—Escuchadme, dijo Juliani despues de un corto silencio: es preciso que se haga ese matrimonio, y es preciso hacerlo por la república y por vos mismo. Comprendo vuestra debilidad, y la disculpo, pero dejadme persuadir á la señora Blanca.

—¿Cómo? preguntó con inquietud Capello.

—Que venga aqui, tengo un medio seguro de hacerla consentir.

El conde vacilaba en llamarla.

—Estoy aqui en nombre del Consejo de los Diez, dijo gravemente Juliani.

El anciano hizo llamar á su hija. Despues, volviéndose al miembro del consejo.

—Señor, dijo, va á venir, pero en nombre de Dios tened indulgencia con ella. Hace un año que la veo morir de hora en hora, y sin embargo, un año hace que mis lábios no han depositado un beso en su frente: mis manos no la han acariciado: la he desheredado de toda mi ternura por obedecer á la voluntad del consejo, y obtener de ella lo que le exigian... A nombre de cuanto he hecho y de cuanto he sufrido, tened piedad de esta pobre niña!

Capello hablaba así con las manos juntas en ademán suplicante, los ojos llenos de lágrimas y la cabeza baja.

—No temais nada, le dijo al fin, no se violentará la voluntad de la señora, ella misma dará el consentimiento que deseamos.

Blanca entró en este momento: al ver á Juliani detúvose y palideció.

—Señora, dijo éste saludándola, venia á preguntar á Capello lo que habia conseguido de su hija.

—¿Y qué ha respondido mi padre? preguntó temblando Blanca.

—Que su hija no habia tenido compasion de él, como no habia tenido prudencia en su resolucion.

Volvióse entonces Blanca hácia el anciano:

—¡Cruelles palabras habeis pronunciado, padre mio! dijo, pero las he merecido.

—Podeis con una palabra volver á vuestro padre el honor y la alegría, dijo Juliani, ¿por qué mas larga resistencia? El que os ha hecho olvidar vuestra gerarquía, vuestra obediencia, no puede aprovecharse de vuestra resistencia, no, no lo esperéis.

—¡No, dijo Blanca cuyas facciones se cubrieron de mortal palidez; no, señor, no lo espero, porque ese de quien hablais está en vuestro poder, y yo conozco la justicia que preside en el Consejo de los Diez! En lugar de la balanza tiene una hacha en cada mano. Así, no es á un vivo á quien yo guardo fé, sino á un muerto, y por eso nada podrá hacerme faltar á ella.

—Inútil es el fingimiento, señora, dijo Juliani tranquilamente, sabeis que Mateo vive.

Capello hizo un movimiento, y Blanca dió un grito.

—¿De veras? dijo Blanca.

—¿Lo dudábais?

—¡Mateo existe!

—Existe, repitió Juliani, y si no lo hubieseis sabido no hubiera sido tan tenaz vuestra resistencia.

—¿Cómo?

—Escuchad, señora, dijo Juliani con tono de autoridad. No trataremos de investigar quién os ha enterado de la suerte de ese hombre, no nos importa: vuestra negativa prueba vuestras esperanzas; pero si la república es indulgente con las faltas, sabe castigar la desobediencia y la obstinacion. Tened cuidado de que no se canse, y que viendo en la vida de ese prisionero un obstáculo á la ejecucion de su voluntad, no decida romper ese obstáculo.

—¿Qué quereis decir? exclamó Blanca aterrada.

—Se ha decidido, señora, que Mateo no impida por mas tiempo el cumplimiento de este matrimonio necesario á la república: ¡obedeced si quereis que viva!

—¿Qué! os atreveríais...

—El interés de Venecia es la suprema ley, dijo el hombre de bronce con terrible tranquilidad.

Blanca le miró.

—Es imposible, dijo, no serán tan cobardes que castiguen en otro una accion mia... Quereis causarme miedo, señor, la vida de Mateo no puede estar en peligro.

—Está en vuestras manos, dijo friamente Juliani.

—No, no puede ser, gritó exasperada la jóven: rehuso, rehuso...

Levantóse Juliani.

—Entonces encomendad su alma á Dios, señora.

Acercándose despues á la jóven:

—Habeis sido una fatalidad para ese hombre, Blanca Capello, la dijo con voz solemne; antes de conoceros vivia feliz en su oscuridad: una mirada vuestra le ha costado su reposo y su libertad... ¿Encontrais que eso no es aun bastante?... Sea... le costareis aun mas.

La jóven estendió sus dos manos hácia Juliani.

—No, dijo, no, yo no quiero... Salvadle...

—Entonces obedecereis.

Miró un momento en torno de sí, pareció recoger todas sus fuerzas, y contestó en voz baja:

—Obedeceré.

A estas palabras, Capello, que habia seguido con la mas viva ansiedad y angustia esta escena, abrió los brazos, estrechando tiernamente en ellos á su hija.

—Obedeceré, repitió ésta, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que será libre Mateo... no de quedarse en Venecia, porque le mataríais, sino libre de marcharse.

—Sea así, dijo Juliani.

—Firmad entonces la orden de su libertad.

Pareció vacilar un momento el miembro del Consejo de los Diez; despues se decidió al fin, é hizo lo que le pedian. Tomó Blanca el papel que acababa de escribir Juliani, y poniéndose de rodillas delante de Capello:

—Padre mio, le dijo, vedme á vuestros pies dispuesta á obedeceros, pero antes concededme la gracia que os pido... padre mio! tomad este papel... lo he pagado al precio de toda mi felicidad y de todas mis esperanzas! os lo confio, suplicándoos de rodillas que hagais ejecutar la orden que contiene... ¡No querreis que sea inútil mi sacrificio! ¡No engañareis á una pobre hija, que se dirige á vos como se dirigiria al mismo Dios!

—No, hija mia, dijo Capello enternecido, te juro por mi honor, que no te engañarán.

Blanca se levantó.

—Ahora, añadió, apresurad el dia, apresurad el instante, señores, aguardo vuestras órdenes.

—Capello va á venir conmigo á Venecia para disponerlo todo, dijo Juliani, volveremos esta noche con Lorenzo Barbarini y se celebrará vuestro matrimonio en la capilla de esta quinta.

—Estaré dispuesta y pronta á ello.

Capello tomó la mano de su hija.

—Esta bien, dijo, no olvidaré mi promesa, Blanca, no olvides la tuya.

Hizo un movimiento para seguir á Juliani.

—¡Padre mio!.. exclamó la jóven llena de angustia, hace tanto tiempo que no me habeis abrazado...

Capello la estrechó en sus brazos, colgóse de su cuello Blanca y le dió repetidos besos.

—¡Padre mio! repitió, abrazadme aun... otra vez... ¡Padre mio, me amais siempre, no es verdad?... ¡si ahora muriese, moriria contenta porque me habeis perdonado!..

—Si, hija mia, dijo Capello anegado en llanto; ¿pero á que vienen esas ideas lúgubres de muerte? vivirás para ser muy feliz... Hasta la noche.

La besó en la frente, y arrancándose de sus brazos salió con Juliani.

Blanca los vió entrar en el bagel de éste, tendió por última vez los brazos hácia su padre, y entróse, cuando los hubo perdido de vista, en su estancia.

V.

Era de noche. Blanca, pálida y muda se hallaba sentada en lo interior de su oratorio: no oraba, pero sumida en una vaga meditacion, parecia olvidarse del mundo, de su vida misma, cuando el ruido regular y acompasado de unos remos resonó debajo de la ventana que se hallaba abierta.

Estremecióse la jóven: habia llegado ya la hora, su padre y Lorenzo iban á presentarse de un momento á otro.

Levantóse temblando, y llevó á su corazon sus dos manos como para comprimir sus violentos latidos. De repente oyóse el ruido de voces: una sombra apareció sobre la ventana.

Blanca dió un grito. ¡Era Mateo!

Un movimiento tan rápido como el pensamiento habia arrojado á los dos amantes en sus brazos mutuamente: durante algunos instantes solo se oyeron sus nombres pronunciados en medio de besos y de suspiros.

Al fin Blanca desprendiéndose de los brazos de su amante:

—¡Tú! dijo... ¡tú, aquí!.. ¡será verdad!

—Aguardaba que fuese de noche para llegar hasta este oratorio donde te habia visto, respondió Mateo.

—¿Luego te han dado libertad?

—No, pero he podido huir.

—¿Qué dices?

—He pasado apenas algunas semanas en los Plomos del palacio ducal.

—¿Con que hace tiempo que estabas libre? exclamó Blanca, entonces me han engañado.

—¿Cómo?

—Ahora mismo, aquí, esta mañana me han amenazado con que te harian morir, si no aceptaba la mano de Barbarini.

—¿Y qué has hecho?

—He querido salvarte.

—¿Has consentido?

—Dentro de algunos instantes estarán aquí para llevarme al altar.

—Llegarán tarde, exclamó Mateo, ¡Bendito sea Dios, que me ha hecho llegar á tiempo! Mil veces he intentado penetrar en el fondo del palacio de Venecia, donde te tenian oculta, pero siempre en vano: hace solo unos dias que supe que estabas aquí... Blanca, yo no soy ya el desgraciado

aislado y sin defensa á quien impunemente se podia hollar. Proscriptos, hombres del pueblo y de corazon, cansados de sufrir la tiranía de los nobles se han reunido conmigo y me han reconocido por su gefe. Yo soy el Corsario Negro.

—¿Tú?

—Sí, yo soy aquí el amo, y mi navío está allí pronto á recibirnos y darse á la vela.

—¿Es posible?

—Ven, Blanca, continuó el corsario, da un adiós á estas doradas prisiones, un adiós á estas sordas persecuciones, adiós á esta vida de lágrimas: ¡de hoy mas la libertad y la mar son nuestras!... ¡Oh! si esta vida aventurera te asusta, desembarcaremos lejos de aquí en alguna playa tranquila, y allí viviremos felices con nuestra oscuridad, y nuestro amor.

—¡Oh! sí, sí, exclamó fascinada Blanca, ¡asi es como yo quiero vivir!...

Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando se alzó espantada como si un triste, punzante y desgarrador recuerdo la atormentase.

—¿Qué tienes? preguntó Mateo.

—¡Ah! me habia olvidado dijo la jóven con los ojos des- encajados.

—Blanca, exclamó el corsario, me das miedo.... Blanca en nombre de Dios respóndeme. ¿Por qué estás tan pálida?

—¡Padezco mucho! contestó.

—¿Pero qué repentino mal es este?

—Mírole Blanca con sombría desesperacion.

—Escucha, dijo con voz balbuciente, me habian dicho que para salvarte era preciso ser la esposa de Barbarini.

—Lo sé.

—No debia volver á verte mas... á tí, Mateo, dime, ¿si tú me hubieses visto perdida para siempre, qué hubieses hecho?

—Me hubiera muerto.

—Y bien, yo me muero.

—¡Infeliz, te has envenenado!

Blanca hizo un gesto afirmativo, y cayó casi en tierra. El corsario púsose de rodillas esforzándose en sostenerla.

—¡Blanca! exclamó, vuelve en tí.... no me mires así.... ¡Blanca!

—Tu mano, dijo ella, perdóname.

Mateo estaba loco de desesperacion.

—No, yo no te perdonaré si mueres: yo quiero que vivas, Blanca, yo quiero que vivas. ¡Socorro, socorro!

Corrió á la puerta del aposento.

—¡Silencio! dijo Blanca arrastrándose en el suelo hacia el silencio.... si vienen eres perdido!

Era ya demasiado tarde: acababa de abrirse la puerta y se presentó Capello.

—Huye, Mateo, dijo la jóven lanzándose hacia su padre.

Y como si este último movimiento hubiese agotado sus fuerzas, cayó á los pies de su anciano padre articulando algunas confusas é ininteligibles palabras.

VI.

Capello y Mateo, los dos de rodillas al lado de Blanca se esforzaban en hacerla volver en sí.

Dudaron durante algunos instantes de su infortunio, pero al fin comprendieron que todo habia concluido. Entonces levantaron á un tiempo la cabeza y se encontraron sus miradas.

—Senador Capello, dijo el corsario, el dolor nos ha hecho iguales: hénos aquí de rodillas junto á un mismo cadáver. Esta muger que está aquí delante de nosotros, podria estar ahora viva, bella y ser feliz, pero tú no has querido que lo fuese, has querido mejor dejarla morir.

—¡Desgraciado! dijo el anciano, ¡te atreves á insultar m desesperacion!

Mateo se levantó de un brinco.

—No hables de desesperacion, Capello, exclamó, porque me harías pensar en la mia. ¡Ah! ¿Dónde está el Consejo de los Diez!... ¿Dónde está Barbarini!... ¿Dónde están todos los que han muerto á Blanca!... ¡qué no pudiese yo hacerlos polvo bajo mis pies!

Volvió despues sus ojos hacia la jóven y se enterneció.

—¡Ah! dijo, si hubiese nacido en una barraca de un pescador, hubiera tenido al menos un día de amor, una hora de felicidad... ¡Oh! yo vengaré todas las alegrías que le habeis robado, sí, yo las vengaré!

Volvió á ponerse de rodillas y levantó en sus robustos brazos el cuerpo de Blanca.

—¡Mi hija! gritó Capello queriendo arrancársela.

—Tú no tienes hija, dijo Mateo, Blanca ha renunciado á su existencia para escapar á tus persecuciones: la muerte ha hecho de ella mi esposa.

Y al mismo tiempo estrechaba contra su corazon convulsivamente el cadáver.

—Ven, dijo, pobre niña á quien tanto han hecho sufrir, te han rehusado á mi amor durante tu vida... yo me desposo contigo muerta, y no olvidarán jamás estas terribles bodas.

Levantóse entonces, teniendo siempre abrazado el cadáver, lanzóse hacia la puerta y desapareció.

Algunos dias despues los nobles de Venecia, colocaban con gran solemnidad en un soberbio sepulcro el cuerpo de Fernando Capello, muerto á los setenta años de edad, y el último resto de esta ilustre familia.

En cuanto á Mateo fueron vanas cuantas pesquisas é investigaciones se hicieron para descubrir su paradero. Dos meses se pasaron sin que el Corsario Negro volviese á aparecer sobre las costas.

VII.

Todo era júbilo y alegría. Era el día de la ceremonia del desposorio del dux con el Adriático. Venecia habia vuelto á tomar un aire de fiesta; los patricios abordaban sucesivamente al *Bucentauro* para tomar parte en la ceremonia, mientras que la multitud desparramada en las plazas, en los muelles y en las góndolas esperaba la señal de los juegos que debian celebrarse despues.

En este momento un pequeño grupo bajaba hacia el muelle de la Madona: eran Magdalena, su marido, el tratante en bueyes y el muletero con quienes hicimos conocimiento en la posada de Ostiglia.

—¡Por Cristo! decia este último á Casini, no esperaba encontrarte en Venecia: te creia en Chipre ó en Morca.

—Allí debia estar, respondió el marinero.

—¿Has abandonado tu navío?

—El es el que me ha abandonado á mí.

—¿Has naufragado?

—Peor que eso, hemos sido cogidos.

—¿Por los turcos?

—Por el Corsario Negro.

A este nombre los dos compañeros de Casini abrieron desmesuradamente los ojos.

—¿Es posible! dijo el campesino ¿y no te ha matado?

—No, dijo el marino: gracias á un rizo de los cabellos de Magdalena que llevaba á modo de talisman: iban ya á colgarle de una verga, cuando el corsario vió esta especie de escapulario y me preguntó lo que era: me daba un poco de vergüenza de decírselo, pero á fé mía se lo confesé todo.

—¿Y entonces?..

—Entonces se quedó pensativo, y cuando me vinieron á coger de nuevo para ahorcarme, dijo: «Dejadle, pues que hay una muger que le ama.»

—¿Y te dejó libre?

—Dos dias despues me arrojó de noche en la costa, y cántame aqui.

—¿Vive Dios! dijo el muletero, que bien puedes alabarte de haber librado de una buena. ¿Y hace mucho tiempo de eso?

—Dos meses.

—¿Y cuentas con volver á embarcarte pronto?

—No, dijo Casini, ya no navego mas: he comprado un barquichuelo de pesca.

—Eso es mas seguro para un cobarde y un marido... porque tú sigues siempre tan celoso.

Casini hizo un gesto de mal humor: el tratante en bueyes se sonrió y le dijo:

—Vas á ver un espectáculo edificante para un celoso, el matrimonio de su señoría el Dux, con la mas grande prostituta que hay debajo de la capa del cielo.

—Silencio, interrumpió el marino, es preciso no hablar mal del Adriático en Venecia.

—¿Por qué este singular matrimonio de su señoría el Dux con la mar? preguntó Magdalena.

—¡Ah! pichona mia, respondió el mercader de bueyes, esa es una historia muy larga. El gondolero de San Marcos, que era mi padrino, me la ha contado muchas veces. Parece que en otro tiempo habia un Papa que se llamaba Alejandro, y que fué arrojado de Roma por un tunante emperador que tenia la barba roja. Desconfiad siempre, Magdalena, de los rojos, prometen mas de lo que cumplen... no digo eso por vuestro marido, que al cabo es rubio.

—Adelante con la historia, dijo el marino.

—Ese pobre Papa se refugió en Venecia vestido de simple clérigo, y permaneció algun tiempo desconocido de todos, hasta que orando un dia en la iglesia de la Caridad, fué reconocido por un francés llamado Commode, y fué á dar parte al punto al dux Sebastian Ziani de su descubrimiento. Apresuróse el dux á comunicarlo al senado, que fué en cuerpo á buscar al Papa fugitivo al miserable albergue en que se hallaba. Le alojaron en un hermoso palacio, le dieron un cocinero, guardias, un secretario, y despues enviaron embajadores á Federico Barbaroja para suplicarle que hiciese la paz.

Federico era terco y obstinado como todos los rojos, respondió mal, se amostazaron los señores del senado, tanto que un dia, Ziani montó sobre sus galeras para ir á enseñar buena crianza á ese pícaro Barbaroja, y consiguió sobre su ejército una victoria completa. Para reconocer este servicio el Papa dió al dux un anillo diciéndole: «Re-

cibe este anillo, y al mismo tiempo con él la dominacion del mar, porque yo quiero que la posteridad sepa que tú la has conquistado, y que la mar te esté sumisa como una esposa á su esposo.» Desde entonces el dux todos los años arroja una sortija de oro al mar, el dia de la Ascension diciendo: «Me caso contigo, y soy tu dueño y señor.»

—Ni mas ni menos que como Casini es el dueño y señor de Magdalena, dijo el muletero.

—Callad, gritó el marino: ya comienza la ceremonia. Ved, todas las góndolas y lanchas se acercan al *Bucentauro*.

—¿Cuál es aquella embarcacion que viene por este lado, y qué hombres son aquellos de tan mala traza?

Volvióse Casini hácia el barco que le señalaban, pero apenas fijó en él los ojos, dió un grito.

—¿Qué es eso, qué es? preguntó el mercader de bueyes.

—Allí... allí... dijo el marino señalando á la góndola que se deslizaba silenciosamente hácia el *Bucentauro*.

—¿Y bien qué?

—Le he reconocido.

—¿A quién?

—¡Al Corsario Negro!

Todos dieron á la vez un grito de admiracion y terror.

—Estoy seguro, segurísimo, repitió Casini, él es el que está de pie en la proa.

—¿Qué viene á hacer aqui? preguntó el mercader.

—Algun siniestro proyecto se trama.

—Preciso será advertir á los magistrados, Casini, dijo el mercader; pero Casini escuchaba á Magdalena que con la mayor viveza le hablaba en voz baja: los otros dos consultaban entre sí lo que debian de hacer.

—Falta saber dijo el uno de ellos si encontraremos ahora alguno á quien hacer nuestra declaracion.

—Nos dirigiremos al primer oficial que encontremos.

—Eso es lo mas seguro en efecto.

Volviéronse para comunicar esta idea á Casini, pero este habia desaparecido ya de allí con su muger.

—Y bien, dijo el mercader, vamos á denunciar lo que sabemos.

—Un instante, replicó su compañero, el marino tiene mas juicio tal vez que nosotros, ¿si fuesen á sospechar de nosotros?

—¡Bah!

—Si llegasen á creer que sabemos mas que lo que queremos decirles.

—¡Adelante!

—Si nos encerrasen en los Pozos ó en los Plomos hasta averiguarlo.

—¡Diablo!

Miráronse con incertidumbre y duda.

—En fin, dijo el mercader de bueyes, tus negocios en Venecia están ya despachados, los míos tambien. A ti no te importa ni á mí tampoco el ver á su señoría arrojar un anillo á los peces, volvamos pues á tierra firme.

—Tal es mi opinion.

Y tomando por un pasadizo aislado se alejaron de allí los dos.

Acababa de comenzar la ceremonia á bordo del *Bucentauro*. El arzobispo habia dicho al Dux. «Tú lo ves, tu primer palacio es un buque, acuérdate de hacer respetar á Venecia y conservarle su noble titulo de reina de los mares.» Habia bendecido en seguida su union simbólica con la

mar, y el anillo nupcial acababa de desaparecer en las olas, cuando una barca rompió la línea que defendía la aproximación al *Bucentauro*. Era la misma barca que Casini había visto pasar algunos momentos antes.

Estaba llena de hombres sentados y silenciosos, uno solo estaba de pie: ¡era Mateo!

Llegado que hubo cerca del *Bucentauro*, hizo una señal con la mano y se paró la barca.

—¡Arzobispo! dijo dirigiéndose al prelado colocado cerca del dux, te queda aun un matrimonio que bendecir. Yo te traigo mi novia.

Al decir estas palabras levantó un velo blanco tendido á sus pies, y descubrió el cadáver de Blanca Capello recostado en el fondo de la barca.

Levantóse por todas partes un murmullo de horror.

—¿Quién es ese hombre? preguntó el dux.

Barbarini acababa de reconocerle.

El pescador estendió hacia él una mano amenazadora.

—Si, dijo, Mateo soy, es decir, un hombre á quien tú y los tuyos habeis arrebatado todo lo que amaba, á quien habeis impedido ser feliz... Y volviéndose hacia los senadores y los miembros del Consejo de los Diez:

—Vedme aquí, señores, continuó, yo soy el que habeis tenido encerrado en los Plomos, porque una noble veneciana le habia elegido, pero yo soy tambien el que ha quemado vuestros palacios, vuestras quintas, y echado á pique vuestras galeras. En otro tiempo yo no era mas que Mateo, ¡ahora soy el Corsario Negro!...

Oyóse al mismo tiempo un lejano murmullo, y el puerto entero apareció rodeado de llamas.

—Nobles de Venecia, gritó Mateo, ved la iluminacion de mi fiesta nupcial. ¡Me llevo esta muger que habeis obligado á morir: este cadáver quedará de hoy mas siempre conmigo como un incentivo, como un recuerdo para mi venganza. Hasta que no se levante y me diga ¡basta! quemaré vuestros palacios y quintas, arrasaré vuestros campos, abatiré vuestras banderas y borraré por todas partes vuestro nombre con el hierro y el fuego. Guerra á muerte entre nosotros.... Adios!

Al terminar estas palabras hizo un gesto, todos los hombres que estaban á sus pies se levantaron con una hacha en la mano, y lanzaron su barca contra el *Bucentauro*. Bien pronto un surco de llamas corria por sus dorados costados, despues el soberbio buque desapareció sumergiéndose entre una densa nube de humo. La terrible barca salió de allí tranquilamente, mientras que veinte barcas iguales salian de las lagunas para reunirse con ella, y todas juntas huir y ganar el alta mar.

Dos días duró el incendio: todas las galeras de la república quedaron destruidas, y destruidos los arsenales. Fué una de las grandes calamidades de Venecia!...

Venecia asustada, tuvo que humillar su orgullo, y pedir socorro á Génova su rival. Fué necesario que pasasen muchos años, y el trabajo y el genio de muchos hombres, para reparar el desastre de un instante.

El Corsario Negro no cumplió su amenaza. No volvió á verse más su navío en los mares, y corrió el rumor de que una gran tempestad que se habia levantado el día siguiente mismo del incendio de Venecia, habia vengado y salvado á la república.

HISTORIA NATURAL.

INTRODUCCION Y ACLIMATACION DEL GUSANO DE SEDA DEL RICINO COMUN. (*Bombyx Cynthia*.)

Grande es la importancia para la industria y para las artes de un hecho que se está verificando en la actualidad. Despues de tres años de inútiles y costosos ensayos, unos simples particulares, sostenidos por una perseverancia y un celo superior á todo elogio, acaban de conseguir al fin aclimatar en Europa el famoso gusano de seda indiano llamado *Arrindy Erria* (*Bombyx Cynthia*) que produce la seda con que se fabrican los pañuelos de la India tan célebres por su solidez, cuyo tejido, por decirlo así, jamás se gasta, y que sirven al adorno y uso de poblaciones enteras en la India inglesa.

Los señores Baraffi, presidente de la facultad de ciencias de Turin, y Bergonzi, sábio agrónomo, residente en Bolonia, poderosamente auxiliados por W. Reid, gobernador de Malta, han tenido la gloria de resolver este difícil problema. Gracias á estos tres hombres decididos, el Piamonte, la Francia, la Europa entera y la Argelia van á poseer un elemento de riqueza agrícola, una nueva industria, un gusano de seda que casi sin gasto, sin trabajo, podrá oriar el mas pobre labrador, un gusano de seda que se alimenta con las hojas de una planta muy vulgar de facilísimo cultivo, del ricino comun de cuyos granos se saca un aceite muy útil para la medicina, para las luces y la fabricacion del jabon.

Desde 1843 habia ya procurado llamar la atencion sobre este precioso insecto en sus lecciones de agricultura en Paris Mr. Menneville. Sus ideas luminosas escitan á Barceffi á aprovechar las numerosas relaciones que habia adquirido en veinte y dos años de viajes por Europa, Asia y Africa para intentar dotar á su pais de este manantial de riqueza.

No era fácil la introduccion de este animal doméstico. Como da un gran número de generaciones al año, las fases de su vida son tan cortas que era imposible conseguir que llegasen á Europa, huevos ó capullos vivos porque se abrian y morian durante la travesía. Desesperados Baraffi y Bergonzi, de recibir siempre la semilla y los capullos, ó abiertos ó muertos, trataron de acortar la duracion del viaje, dividiéndolo en dos. Encontraron en W. Reid, gobernador de Malta y sábio agrónomo un decidido é ilustrado apoyo, y habiendo llegado un día á Malta los huevecillos en el momento en que salian los gusanos, criáronse éstos en la isla, labraron capullos, que dieron mariposas y de consiguiente huevecillos ó simientes. Estos capullos, esta simiente, producto de la primera generacion, son los que se consiguió que pudiesen llegar á Turin vivos.

Mandóse simiente de la nueva generacion á varios puntos de la Italia, y en todas partes se han aclimatado estos nuevos y preciosos gusanos de seda. Estas generaciones de *Bombyx* se perpetuarán en Europa y su aclimatacion es ya un hecho consumado.

¡Honra y gloria á los dos hombres inteligentes y celosos que han dotado á la Europa de este precioso insecto! Grande acontecimiento para las artes, porque este nuevo



animal doméstico está llamado á producir una materia tejible enteramente nueva para la industria.

El dibujo que ponemos á la vista de nuestros lectores del Museo, representa sobre una rama de ricino comun el gusano de seda de *Bombyx Cynthia*, en el momento de tejer su capullo. Este gusano es de un color verde claro, y cubierto de una materia farinosa blancuzca.

Se ven atados á esta rama dos capullos, cuyo color es unas veces algo amarillo, otras blanco, y en lo alto presentamos el insecto en todo su grado de perfeccion, magnífica mariposa pintada de matices pardos, amarillos y blancos. En la India da este gusano de seda, á lo menos siete cosechas cada año.